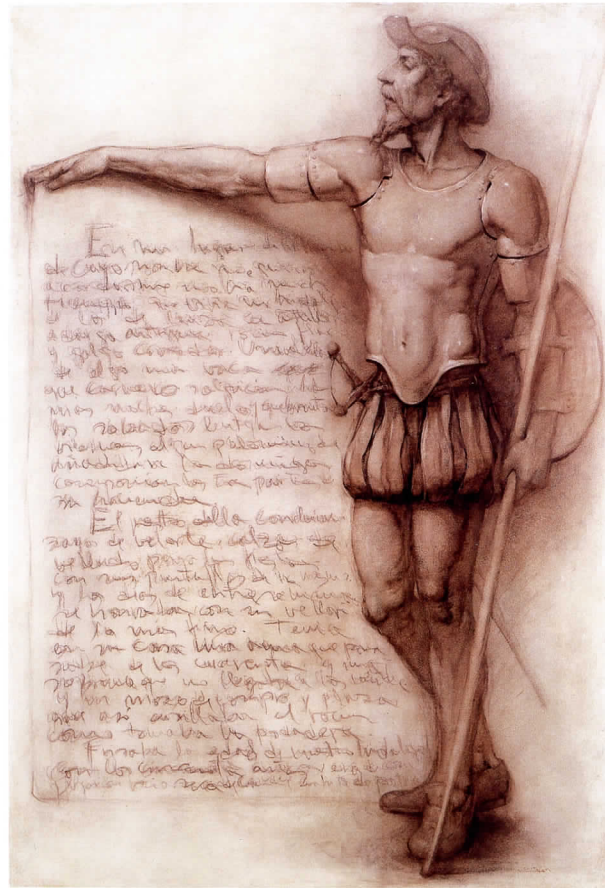


encantada” o el triste regreso de las peripecias caballerescas, hay una enorme fidelidad al texto, una voluntad de mostrar la eficacia del realismo, al mismo tiempo que se introducen luces o elementos que tienen que ver con lo misterioso e incluso con lo que llamaré *la magia*. Hay que recordar que la magna obra de Cervantes comienza con una enorme vaguedad, tanto en el nombre cuanto en la patria del protagonista. Castejón sabe corresponder a ese doble impulso de lo descrito minuciosamente y, sin embargo, sumido en una bruma de incertidumbres, esto es, de *encantamientos*. Lo que le interesa a este artista es el meollo del arte de la *novela* que proporciona un alimento que es, tal y como dijera Fielding, *la naturaleza humana*. Joan Castejón comparte con Cervantes el amor por la *belleza prosaica*, por una materialidad figurativa que nos aparta tanto de la abstracción hermética cuanto de la transbanalidad circundante.

La novela de Cervantes se construye por *escenas*, algo que utiliza con astucia Castejón, fijándose en algunos de los momentos decisivos. En la obra del creador valenciano es fundamental el *gesto* y, especialmente, el de las manos que “hablan”, enfatizan, apuntan, nos obligan a entrar en la ruta laberíntica del sentido. Castejón pliega y repliega la gestualidad en concordancia con la fractura barroca en la que se sitúa la escritura cervantina; lo que él deseaba hacer con sus obras sobre el *Quijote es un piropo*, esto es, mostrar su admiración absoluta. El aspecto de Don Quijote es, en todos los sentidos, un *arcaísmo*. Castejón no quiere, de ningún modo, ocultar esa “intemperividad”, ni maquillar las imágenes del caballero y su escudero. Su fidelidad, realista y visionaria al mismo tiempo, al texto convierte su obra en un ejercicio que supera el virtuosismo para entrar, definitivamente, en la dimensión del homenaje o el *piropo*. Castejón da rienda suelta a su *ideal heroico del arte*, siguiendo, con toda la admiración del mundo, a Don Quijote y Sancho, vestidos con sus ropajes anacrónicos, de la misma forma que plasmó en una fantástica serie a caminantes perdidos o acaso convertidos en fantasmas. De los cuerpos desnudos, aquellas prodigiosas lecciones de anatomía que tenían mucho de doma de lo descomunal, a la fuga sin fin por un mundo nihilista (un desierto que, valga la paradoja, obliga a un duro “viaje de invierno”) y, en el *piropo extraordinario del Quijote*, un conjunto de *escenas memorables*, cuerpos vestidos por la literatura, fantasmas conformados por una materia eterna.



“En un lugar de La Mancha...”, 2005

Patrocina:



INSTITUT VALENCIÀ D'ART MODERN

23 noviembre 2005 - 15 enero 2006

Guillem de Castro, 118 - 46003 Valencia

Tel. 96 386 30 00 - Fax 96 392 10 94 - E-mail: ivam@ivam.es

<http://www.ivam.es>

De martes a domingo de 10 a 20 horas

Domingo, día del Museo, entrada gratuita

Lunes cerrado

Cap II, Thanatos (Cabeza II, Tánatos), 2005

# Joan Castejón

y

# El Quijote



IVAM  
 GENERALITAT VALENCIANA  
 CONSELLERIA DE CULTURA, EDUCACIÓ I ESPORT



En la obra de Joan Castejón hay una presencia constante de lo figurativo, estableciendo una hunda meditación sobre la corporalidad y el espacio del hombre en tiempos de *irrealidad*; en algunas de sus series, como *40 anys d'història* (1977), hay una voluntad de diálogo y asimilación de lo *clásico*, mientras en otras se encuentran homenajes y diálogos con distintos artistas, desde Goya a Picasso, de Machado o Walt Whitman a Juan Carlos Onetti. El tono estético de este artista le aproxima, desde su radical soledad creativa, a figuras en las que la búsqueda del *tono exacto*, no elude los abismos existenciales, antes al contrario trenza en lo estético las vivencias de una cotidianeidad que es, esencialmente, precariedad. “Es probable –advierte J. J. Armas Marcelo– que en el alma escondida de Castejón, en el dibujante, en el artista, en el pintor, resida esa mirada de extrañamiento, dubitativa y llena de desconfianza frente

a la evidencia que sólo es –casi siempre– la máscara de la apariencia.” Hay algo en esta obra de *pintura histórica*, dotada de una enorme seriedad y abierta, sin embargo, a lo *anecdótico*, por emplear un término orteguiano, a las “circunstancias”. Por otro lado, el trabajo de Castejón tiene, con frecuencia, tono *literario*; Vargas Llosa advierte que hoy la pintura “puede, sin abdicar para nada de sus propios fines ni abandonar la modernidad, tener a la literatura como punto de partida”. En todo momento manifiesta un extraordinario *virtuosismo*, sedimentando en la superficie representativa esa *mano* que obedece, con toda precisión, a la astucia de la inteligencia. El dibujo es, ciertamente, en la obra de Castejón el fundamento de lo pictórico, un elemento transmisor del flujo de la vida interior, la herramienta que permite la sedimentación del fondo selectivo de la memoria. La mano de este artista genera

Primera eixida (Primera salida), 2005



Batalla II, 2005

una línea tremendamente desenvuelta con la que recrea la *idea poética del hombre*.

Joan Castejón ha demostrado, en su dilatada y extraordinaria obra, una maestría dibujística y compositiva, desde los estudios de anatomía a los retratos, de la carne exacta a la osamenta, de la representación del hombre que camina a esa fascinación por el caballo. Escapando de la agorafobia espiritual que, en ocasiones, domina a la abstracción, ha sabido, sin excusas, desplegar un mundo figurativo que no es mimético, sino al contrario, *fictional*, de una épica difícil de explicar. Hay siempre en sus formas un fondo procesual, un dinamismo o, mejor, una maquinación que nos subraya la dimensión reflexiva, el afán de que la mirada vaya más allá de lo representado hasta completar lo simbólico. El referente de todas las obras de Joan Castejón es el hombre, “pero no le preocupa –apunta Román de la Calle– el hombre atemporal y ahistórico, sino que le obsesiona la situación deshumanizada en la que –frente al progreso material– se ve envuelto el hombre concreto bajo las acciones u omisiones del poder real”.

A Joan Castejón le fascina la literatura, ya sea el mundo de *Cien años de Soledad*, la poesía de Whitman o, por encima de todo, *Don Quijote*, al que ha vuelto en distintas ocasiones, pero con especial intensidad este año “conmemorativo” de 2005. Desde el retrato de Cervantes, reinterpretado por Castejón, hasta el episodio de la “cabeza